

www.elboomeran.com

Edith Olivier
QUERIDA NIÑA

TRADUCCIÓN DE ÁNGELES DE LOS SANTOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2017
TÍTULO ORIGINAL: *The Love Child*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Edith Olivier, 1927
© de la traducción, Ángeles de los Santos, 2017
© de esta edición, Editorial Periférica, 2017
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-47-2
DEPÓSITO LEGAL: CC-142-2017
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Agatha Bodenham se había apartado inconscientemente dos o tres pasos de los demás, y se quedó de pie, aislada, junto a la cabecera de la tumba de su madre mientras el pastor terminaba el servicio. Llevaba un vestido con la hechura y el tono de negro que su modista había considerado apropiados para los actos fúnebres, y un sombrero sin estilo. No lloraba, aunque el velo se agitaba un poco, como si su respiración fuese entrecortada, y estaba húmedo en el sitio en que por un repentino jadeo se le había metido en la boca. Tenía el rostro impasible, con una falta de emoción tan completa que sugería, mejor que el semblante más elocuente, una absoluta e irremediable soledad; una soledad que no se podía romper, porque significaba que ella, simplemente, no tenía capacidad para relacionarse con sus semejantes. Quizá Agatha no sentía nada. Desde luego

nunca supo decir lo que sentía, ni pedir y recibir comprensión.

La prima Louisa era una mujer cariñosa. Vio a Agatha allí, de pie, y le pareció imposible volver a Londres por la tarde, con los demás parientes lejanos con los que había viajado para asistir al funeral de la señora Bodenham. Aquella melancólica figura la reclamaba.

Así que cuando volvieron a la casa, se acercó a Agatha y le dijo:

–Deseo que me dejes quedarme contigo un par de noches, querida. No podemos dejarte tan sola.

Agatha se sorprendió levemente, sobre todo porque la prima Louisa la había llamado «querida». Sólo la había visto una vez con anterioridad, y de eso hacía mucho tiempo.

Pero su rostro, que no había mostrado dolor, ahora no expresaba ni sorpresa ni agrado ni contrariedad. Supuso que era eso lo que se hacía en los funerales y ordenó que se preparase una habitación.

La prima Louisa se quedó dos días, dos extraños, anómalos y lúgubres días, y pensó que no tenía sentido quedarse más tiempo.

Sabía que había mucho que hacer: revisar y deshacerse de la ropa y los objetos personales de la señora Bodenham; organizar papeles, contestar cartas. Pero Agatha no hacía nada de eso. Le parecía que no era adecuado hacer aquello en presencia

de un extraño, y rehusó todos los ofrecimientos de ayuda de su prima.

La presencia de la prima Louisa no la hacía sentirse menos apenada: sólo añadía a su desolación una notable incomodidad. No estaba acostumbrada a tener invitados, y no sabía cómo comportarse con ellos; ni sabía si a las sirvientas les molestaba que hubiera alguien más en la casa. Las dos mujeres se sentaban juntas, incómodas, buscando algo que decir; daban breves paseos sin destino por carreteras que no llevaban a ningún sitio en particular; se separaban por la noche con alivio, después de haber estado sentadas frente a frente durante una hora tras la cena, mirando furtivamente las manecillas del reloj que se deslizaban minuto a minuto hacia las diez, la hora de acostarse; y cuando finalmente se despedían, las dos respiraban con más comodidad.

Sin embargo, cuando Agatha se sentó en el salón aquella noche después de cenar, se dio cuenta de que aunque estaba encantada de estar sin la prima Louisa, se sentía muy sola. Era su primera noche en soledad.

Parecía extraño que se sintiese así, porque ella había sido siempre solitaria: una niña solitaria, una muchacha solitaria, y ahora, a los treinta y dos años, una mujer aún más solitaria.

Su madre y ella eran mujeres de naturaleza peculiarmente reservada, a las que les resultaba difícil

entablar amistades, y que mantenían a distancia a sus vecinos de la villa. Tan reservadas, además, que apenas habían tenido intimidad entre ellas, pasando la vida una al lado de la otra sin un verdadero intercambio de experiencias y sin compartir confidencias. En realidad, no habían tenido ni experiencias ni confidencias que compartir.

Lo cierto es que las Bodenham eran insulsas. Los vecinos así las consideraban, y poco a poco la gente había dejado de ir a su casa; y así se consideraban la una a la otra, aunque quizá de manera inconsciente. Pero incluso una mujer insulsa puede sentirse sola, y así es como Agatha se sentía cuando se sentó ante la chimenea aquella noche.

La casa le resultaba muy vacía ahora que la prima Louisa se había ido. Echaba de menos el sonido de los pasos de la señora Bodenham, el ruido del cuchillo y el tenedor durante la cena, y el sonido de las agujas de tejer por la tarde.

Siempre le resultó difícil dar forma a sus pensamientos, que por lo general se deslizaban indefinidos por el fondo de su mente, sin esperar nunca que los vistieran con palabras. En ese momento, sentada en medio del difuso discurrir de sus meditaciones, Agatha se fue dando cuenta de que ya en otra ocasión había tenido aquella misma sensación de soledad. Su vida, en la que parecía no haber habido nunca nada, ya había estado,

sin embargo, vacía como hoy, y vacía de compañía. En silencio buscó en el pasado.

Entonces, un nombre atravesó su conciencia, como algo que de repente cobrara vida: ¡Clarissa!

Sí, era Clarissa, olvidada durante muchos años, y que ahora volvía a su mente no como el recuerdo de una posesión, sino de una pérdida.

Había ocurrido mucho tiempo atrás, y no había sido más que una fantasía infantil.

Como muchos otros hijos únicos, cuando Agatha era pequeña inventó un compañero imaginario que lo compartía todo con ella. Clarissa había sido tan real como una hermana de carne y hueso —pero mucho más complaciente—, y gracias a ella Agatha nunca tuvo la impresión de haber tenido una niñez solitaria. Pero cuando tenía catorce años, la institutriz descubrió a Clarissa, y las corrosivas gotas del sentido común de la señorita Marks cayeron como herbicida sobre la única flor que había brotado de la imaginación de Agatha. Clarissa se marchitó, pereció o, más bien, la quitaron de la vista, como otros juguetes abandonados que se guardaban en el estante más alto de la habitación infantil, porque eran demasiado buenos para dárselos a los hijos de los pobres.

Y ahora, al cabo de dieciocho años, Agatha sentía una vez más la misma desolación. Se sentía más

conmovida que en el funeral de su madre. Surgió en ella un espíritu de rebelión, un sentimiento de injusticia. ¿Cómo se atrevió la señorita Marks a hacer el papel de un dios Moloch y pedirle que sacrificara a su propio hijo? Porque Clarissa había estado viva, más viva para Agatha que cualquiera de las personas reales que se movían a su alrededor. La creación de Clarissa fue el fruto de la única decisión consciente de la mente de Agatha. Clarissa había tomado forma. Había tenido no sólo un nombre, sino una personalidad propia. A la petición de compañía de Agatha, Clarissa había respondido con lo que pareció ser una verdadera voz viviente, y cuando con gran pena la arrinconó para escapar de las burlas de la señorita Marks, la mente de Agatha se volvió nebulosa e imprecisa, lo que se fue acentuando con el paso de los años. Y con el regreso de aquel viejo recuerdo, a Agatha le pareció que al perder a Clarissa no había perdido sólo a una compañera de juegos real, sino que había perdido también al único ser que había conseguido despertar su propia personalidad y la había hecho receptiva. Había perdido algo sin lo cual se había vuelto tan fútil como una raqueta que en vano se sacudiera en el aire sin una pelota que golpear.

«Yo hablaba con Clarissa», se dijo, «y en verdad nunca he hablado con nadie más. Ella me hacía pensar en cosas que decir, y aprender cómo

decirlas. Ella me despertó; y la señorita Marks puso fin a todo aquello cuando me prohibió “hablar conmigo misma”, como ella decía. Pero yo hablaba de verdad con Clarissa, de cosas sobre las que yo quería hablar. Yo sabía que ella me entendía.»

Agatha se inclinó hacia delante en su sillón. Había color en sus mejillas. Parecía casi animada, resuelta. ¿Por qué no podría volver a jugar con Clarissa? Ahora no había nadie que le prohibiera hablar consigo misma.

Intentó recuperar su antigua habilidad. No la recordaba. La había perdido. No recordaba en absoluto cómo se hacía; y sin embargo estaba ahí, en el umbral de su mente, en la entrada, muy real, y aun así fuera de su alcance. Intentó hablar con Clarissa pero no se le ocurrió qué decir ni cómo decirlo. No podía pronunciar ninguna palabra, sólo el nombre de Clarissa, como un tenue rayo de luz vacilante que temblaba en su muda oscuridad. Pero al pronunciar aquella única palabra, «Clarissa», en voz alta, el sonido de su propia voz rompió el hechizo tejido por sus silenciosos pensamientos y deshizo la imagen que intentaba atrapar.

Sin embargo, Agatha sabía que Clarissa sólo podría vivir —sólo había vivido— gracias a su habilidad para hablar con ella.

Se levantó y paseó por la habitación, pronunciando el nombre una y otra vez, primero en un

susurro, después un poco más fuerte, y después más fuerte aún. Intentó recordarse a sí misma los juegos a los que había jugado con Clarissa... «¿Recuerdas esto?... ¿Has olvidado aquello?... ¡Qué bien lo pasamos en el jardín el día de mi cumpleaños!...» Y «¡Ay, Clarissa, que traviesa fuiste cuando no quisiste ir a la iglesia el domingo de Pascua!».

Murmurando, empezó a sentir que aquello se reanudaba. Recordaba pequeños cambios en el juego, pequeños secretos que había compartido con Clarissa. Se oyó a sí misma reír, con naturalidad, claramente, casi en voz alta.

—¡Clarissa! —dijo otra vez.

La puerta se abrió. Helen, la doncella, entró en el salón con el candelabro del dormitorio, un candelabro solitario ahora. Al verlo, Agatha habría evocado su propia soledad; la habría recordado una hora antes. Pero ahora, en cambio, sólo pensó que Helen tenía que haberla oído hablar sola.

Fue hacia la ventana, abrió las cortinas y miró hacia la noche. No se veía nada, pero ella no quería ver nada.

Helen la miró con respetuosa compasión. La señorita Bodenham se estaba comportando como cabía esperar. La habían interrumpido en un paroxismo de pena que estaba intentando ocultar volviendo el rostro.

–Intente descansar, señorita –le dijo–. Sé cómo se siente, pero no debe desesperar. El tiempo lo aliviará. ¿Le preparo una taza de té?

–Gracias, Helen –respondió Agatha con voz apagada, vacía, y sin volverse–. Sí, me iré arriba, y me gustaría tomar una taza de té en la cama. Es usted muy amable.

Tenía lágrimas en los ojos, y la voz se le quebró por el disgusto. Helen lo había estropeado todo. Clarissa había estado a punto de volver, y ella misma también; pero ahora una puerta se había cerrado con violencia, y ella estaba otra vez en esa vida a medias que llevaba viviendo tanto tiempo, donde todas las voces estaban amortiguadas, y donde ninguna se hacía entender por otra.

Subió a acostarse, se sentía como si hubiese intentado atrapar una llama danzarina, sólo para ver que no tenía sustancia pero que le había dejado una quemadura.